

Texto presentación de *Diario de la Plaza y otros desvíos*, de Marta Ortiz, El Mono Armado, Buenos Aires, 2009.

SENSUALIDAD Y MELANCOLÍA

Por Roberto Retamoso (*)

¿Puede una escritura ser sensual?...

Y si lo es, ¿cuáles son las formas de esa sensualidad?...

Se dirá: una escritura participa de esa condición cuando *habla* de experiencias sensuales, como si el sentido de la letra se consumara en su función sígnica, es decir, en el hecho de *representar* todo aquello que la excede y a lo que, en tanto que signo, esa letra debería presentificar.

Pero ésa sería una manera limitada de concebir la sensualidad de una escritura.

Una escritura también puede ser sensual ya no cuando representa algo que la excede por ser de otro orden -digamos, el de la vida, el de la historia, el de eso que llamamos realidad de manera equívoca o ambigua-, sino cuando adopta una cierta actitud ante su objeto inmediato, la palabra.

Porque ese objeto, al que generalmente se piensa como una mediación entre el poeta y lo otro -y lo otro sería, una vez más, aquello que lo excede en todas las direcciones posibles como su infinita exterioridad- puede ser (de hecho lo es) no sólo el medio sino incluso el fin de su propia sensualidad.

Esa posibilidad de experiencia, creemos, es lo que nos ofrece *Diario de la plaza y otros desvíos*.

Sus poemas no están simplemente escritos como meras inscripciones. Están escritos, por el contrario, como verdaderas composiciones gráficas donde la inscripción se sopesa en relación con el espacio -el escenario- que les ofrece la página en blanco.

Al modo de una práctica orfébrica, se exponen a la lectura para que podamos reconocer ese *quantum* de regocijo y de placer que ha sostenido su trazo. La escritura de Marta Ortiz, podría decirse, disfruta cuando les da forma a las palabras.

Sería ese, entonces, el momento de su dicha. Pero la dicha no podría devenir en euforia o júbilo, porque siempre se muestra como una dicha contenida.

Y el continente de esa dicha, lo que la modela y afina hasta hacerla una dicha en filigrana, es otra clase de sentimiento, al que podemos llamar melancolía. Porque *Diario de la plaza y otros desvíos* también se lee como una escritura melancólica.

Pero, ¿podría una poesía que nos habla del pasado ser algo distinto que un decir melancólico?...

Y no sólo ello: ¿podría, asimismo, no ser melancólica una poesía del mirar que recorre las figuras conocidas y añejas de la ciudad, siempre iguales y siempre distintas, desde ese punto fijo de la ventana que significa el linde evanescente que separa y une a la vez el afuera y el adentro?...

La melancolía, así, es la otra fuerza que rige una escritura situada en un *entre*. Entre dos espacios, entre dos tiempos, entre dos miradas.

La poesía de Marta Ortiz deviene, de tal modo, en una poesía del hiato. Pero el hiato no es meramente distancia, es, asimismo, intervalo. Y el intervalo difiere tanto como vincula.

Digámoslo sin rodeos: difiere tanto como vincula sensualidad y melancolía, como dos caras opuestas pero equivalentes de una misma experiencia, la experiencia poética.

(*) Roberto Retamoso es profesor en Letras, Doctor en Humanidades y Artes, mención Literatura por la UNR. Poeta y ensayista.